3425

JOAQUÍN DUQUE y MARIANO S. DE LA FUENTE

El dinero engaña

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL

Copyright, by Duque y S. de la Fuente, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

EL DINERO ENGAÑA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL DINERO ENGAÑA

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

Joaquín Duque y Mariano Sánchez de la Fuente

Estrenada en el TEATRO PRÍNCIPE ALFONSO de Madrid
el día 30 de Octubre de 1908

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11
Teléfono número 551

1908

A D. Fernando Porredón,

intérprete admirable del Javier Campuzano de esta obrita, y á todos los artistas que con su exquisito trabajo realzaron el poco mérito de ella, si alguno tiene, en prueba de inmensa gratitud,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CRISTINA	Sra. Torres.
ELENA	Srta. Rodríguez.
FELICIANA	Jiménez.
FERNANDO	Sr. Marchante.
RICARDO	Montenegro.
JAVIER CAMPUZANO	Poredón.
RAMÍREZ	Aguado.

Las indicaciones, del lado del actor

ACTO UNICO

Saloncito ochavado, muy elegante, de la casa de Cristina en Madrid. Chimenea encendida, al foro; balcón de mucha luz en el chaflan izquierdo, puerta en el derecho y otra en cada lateral, todas con sus colgaduras correspondientes. Sofá, silloncitos y sillas volantes colocados en el desorden de buen tono que ahora priva. Una banquetita tapizada para poner los pies. A cada lado de la chimenea una mesita, ó el mueble que mejor convenga, y sobre éstos y aquélla mil objetos artísticos; dos canastillas de flores naturales, distinta la una de la otra; jarrones bien repletos de flores, pero no amazacotados, y cuantos adornos aumenten el lujo de la habitación y demuestren el exquisito gusto de la dueña.

Es una tarde fría y lluviosa de un día de invierno.

ESCENA PRIMERA

CRISTINA y ELENA. La primera, sentada á un lado de la chimenea y de espalda al balcón, lee en un libro; la segunda está mirando hacia la calle, de pie y junto á los cristales del balcón

ELENA (Muchacha de veinte años, muy linda y de porte distinguidísimo.) ¡Cómo llueve!... (Con pena.) No lleva trazas de dejarlo en toda la tarde.

CRIS. (Señora de cuarenta y cinco años, muy guapa y de carácter simpático.) Ya iba siendo necesaria esta lluvia.

ELENA ¿Necesaria? (Asombrada.)

CRIS. Pregúntaselo á los labradores. ¡Bien contentos estarán!

ELENA ¡Y yo bien rabiosa!

CRIS. ¡Chiquilla!... (Reconviniéndola.)

ELENA (Viniendo al lado de su madre y haciéndole mimos.) No me riñas, mamaíta...

CRIS No te riño, hija mía. Me disgusta oirte pronunciar esa palabra, y sin motivo mucho más.

ELENA (Se sienta en la banqueta á los pies de su madre.) Motivo sí tengo. A ver, ¿quién vendrá en una tarde tan mala á felicitarme? Y si continúa lloviendo, tampoco vendrá nadie por la noche.

CRIS. Los que te quieran de veras no faltarán.

ELENA Pero con poca gente no hay animación posible. ¡Yo que tanto deseaba este día!... Es decir, éste no. Un día hermoso, espléndido, alegre... como yo lo estaba.

CRIS. Tiempo llegará en que no ha de alegrarte un día como el de hoy, por muy espléndido que sea; en el que no publicarás á toque de clarín tu cumpleaños. (Deja el libro de la mano y lo pone sobre la chimenea.)

ELENA No llegará, no. Yo siempre lo celebraré. Un año más de vida, ¡qué alegría!

CRIS. Un año menos de ilusiones, ¡qué pena! Y cuando llegues á perderlas...

ELENA Mientras las haya gocemos con ellas.

CRIS. Siempre no has de estar tan festejada como ahora, ni lo estarías igualmente si fueras pobre.

ELENA Los pobres también tienen amistades.

CRIS. Ciertamente, y muy verdaderas. Esas sí que son amistades verdaderas... No niego en absoluto la existencia de afectos desinteresados hacia los ricos, pero escasean. ¿Tienes pretendientes? No sabes si lo son de tí ó de tu dinero. ¿Tienes amigos? No puedes asegurar si continuarían siéndolo cuando perdieras la fortuna. El amigo del pobre lo es por éste, y sin otra mira. ¿Comprendes la diferencia?

ELENA Eso quiere decir que no debo agradecer los obsequios recibidos hoy.

CRIS ¿Por qué no? Agradecerlos sí, pero descon-

fiar de algunos. Te habla la experiencia, y por boca de tu madre, ¡calcula si podrá engañarte!... Como por suerte, ó por desgracia —me atrevo á asegurar que por suerte—, mi posición ha sufrido tantos cambios, puedo hablar de ello con pleno conocimiento de causa. Cuando tu pobre padre—que Dios tenga en su gloria—perdió nuestra fortuna, nos eran más necesarios los obsequios y nadie nos obsequiaba; hoy, que gracias á la herencia de mi hermano no carecemos de nada, ¡mira cuánto agasajo y cuánto amigo! Esta es la vida, Elena; y no cambiará, no: todo lo contrario. No están los tiempos para extirpar el mal sino para agravarlo.

ELENA Me has puesto triste, mamá.

CRIS. No es el día más á propósito, pero ya no tiene remedio. Dicho está. (Pequeña pausa.) Cambiemos de conversación... y hablemos de lo mismo.

ELENA ¡Qué extraño es eso!

CRIS. Verás como no lo es. Volvamos á hablar de los regalos, de las flores... ¿Vas á ser franca conmigo?

ELENA Siempre lo fuí.

CRIS. No te he preguntado si lo fuiste. Te vuelvo á preguntar si lo vas á ser.

ELENA También.

CRIS. ¿Qué canastilla te gusta más?

ELENA (Se ruboriza.) Cada una por su estilo... Son las dos de exquisito gusto.

CRIS. Convengo contigo. ¿Y cuál de ellas agradeces más?

ELENA Mamá... (Se pone muy encarnada y muy mona. Siente uno no ser el de la canastilla favorita.) Lo mismo una que otra. (Se levanta.)

CRIS. Eso dice tu lengua; pero, hija mía, ese *pavo* tan imprudente que se te ha subido me indica lo contrario... ¿La de Ricardo?... (Elena calla.) Vamos, la de Fernando.

ELENA Mamá... (El «pavo» no puede subir más.)

CRIS. (Riendo y muy cariñosamente.) Cuanto más te esfuerzas por ocultarme tu corazón más el pícaro te delata. Ya sé cómo piensas tú.

Ahora sólo me resta descubrir cuál de los dos te quiere de veras.

ELENA ¿Cómo?... Porque supongo que no se lo preguntarás á ellos.

CRIS. Desde luego. Conforme tú me lo has dicho sin decírmelo, también ellos me lo dirán sin darse cuenta. Ya lo verás.

ELENA ¿Eres maga, mamá?

CRIS. Una madre hace milagros por la felicidad de su hija.

ELENA Si consiguieras despejar el cielo...

CRIS. No llega mi poder á tanto.

ELENA (Va hacia el balcón.) Y no despeja, no... Pero un milagro sí veo. ¿Sabes quien viene hacia acá?...

CRIS. Si tú no me lo dices...

ELENA Quien menos te puedes imaginar. A ese no le esperábamos ni con sol.

CRIS. (Se levanta.) ¿A ver?... ¡Ah! Ya caigo. Mi primo Javier. ¿Viene á casa?

ELENA Ha cruzado la calle. (A su madre que se habrá acercado al balcón.) Ya no le ves.

CRIS. Sí es un milagro en él acordarse de fecha alguna. (Se aparta del balcón y también Elena.)

ELENA Pues ya ves hoy: la primera felicitación la suya. Con esto borra la chifladura de ayer y todas las demás.

CRIS. No, yo no vuelvo á invitarle para que nos tenga sin comer hasta las nueve y acabe por faltar.

ESCENA II

DICHAS y JAVIER, que sale por la puerta del chaflán

JAV. No me agradezcáis la visita. (Señor de sesenta años, muy limpio y acicalado. No hay sino verle para comprender que si no está en el Limbo le falta poco. No da importancia á sus chifladuras y es el primero en reirlas.)

CRIS. Tu gozo en un pozo, Elena.

ELENA Me has echado un jarro de agua, tío Javier.

JAV. El agua me trae, pero no entiendo lo del

jarro... Como la humedad me hace tanto daño, no pienso salir de noche, y vengo á deciros que no me esperéis luego para comer.

CRIS. Hoy no te esperábamos. Ayer sí.

JAV. ¿Cómo ayer?

ELENA Ayer, tío; ayer te estuvimos aguardando hasta más de las nueve.

JAV. ¿No habíamos quedado en hoy?... Dispensadme.

ELENA De eso quedas perdonado. Pero ahora mismo das motivo para un resentimiento mucho mayor.

JAV. (Pone, si es posible, cara de más atontado.) Me pones en cuidado, Elenita.

CRIS. Siéntate, hombre. No vayas á caerte del susto.

JAV. (Se sienta. Cristina también lo hace cerca de él; Elena hará lo que le plazca.) ¿Qué falta he cometido ó estoy cometiendo? ¿Queréis decírmelo?

ELENA No acordarte de tu sobrina. ¿Te parece poco?

JAV. ¿Es tu santo?

ELENA Dentro de seis meses. Hoy es mi cumpleaños.

JAV. ¿Será posible? (Con gran extrañeza.)

CRIS. Hombre, claro que es posible. No es una cosa tan estupenda cumplir años.

JAV. Si me asombro de olvidarme de eso, habiéndola tenido en la pila.

ELENA ¿A mí?... (Asombrada.)

CRIS. Hoy vienes incapaz.

JAV. Tienes razón, no fué á ésta. Ya os lo he dicho: la humedad me sienta muy mal... Yo enmendaré la falta... Mañana te haré un regalito, mujer.

ELENA (Con sorna.) No te gastes tanto como el año pasado.

JAV. ¿Qué fué?... ¿Tú te acuerdas?

CRIS. (Risueña.) Nos acordamos las dos. Idéntico al de éste: un ofrecimiento.

JAV. ¿De veras? ¡No, pues en el presente no ha de ocurrir lo mismo! Ahora te doy un billetito—es lo mejor—y te compras lo que quieras. (Buscando la cartera.) ¿No te parece?... Así

será el regalo más á tu gusto... ¡Anda salero! No llevo cartera. Me la dejé olvidada.

CRIS. O te la habrán robado.

JAV. No, seguramente no. La dejé sobre la mesa del despacho.

ELENA ¿Estás seguro?

JAV. Segurísimo. (El tono confirma más su certeza.)

CRIS. ¡Te la han robado, Javier! No me cabe duda.

JAV ¡Señor, es mucha cabeza la mía! El caso es que me olvido de las cosas recientes, y para lo ocurrido hace mucho tiempo ¡tengo una memoria!... (A Cristina.) Pregúntame algo de hace cincuenta años.

CRIS. No es fácil.

JAV. ¿Ves? Tú no te acuerdas de ello.

CRIS. Si no había nacido, hombre, ¿cómo voy á recordar?

ELENA ¿Y los primos?

JAV. ¡Vaya por Dios!... Tampoco María se acordó de tí, por lo visto. ¿No te ha escrito?

ELENA No.

CRIS. Nada tiene de particular. En plena luna de miel...

JAV. Hoy no he tenido carta; es decir, tarjeta. Con el pretexto de mandarme vistas de los puntos que recorren, no hacen más que escribirme dos renglones en una postal. Yo los supongo ya en Niza ó... en El Cairo. Ella estará muy contenta, pero á mí ¡me ha dejado tan solo! (Con pena.)

CRIS. Cásate.

JAV. Alguna vez lo he pensado.

ELENA Pero ya...

JAV. ¿Cómo pero ya?... Si tú, Cristina, estuvieras como yo, ¿qué harías?

CRIS. Si yo estuviera tan chiflada como tú, casarme. Pero mientras Dios me conserve el juicio no pienso en reincidir.

JAV. ¿Tan mal te fué?

CRIS. Me fuera mal ó bien—que no es del caso—yo estimo la reincidencia como un disparate mayúsculo, por aquello de «nunca segundas partes fueron buenas».

JAV. Tu madre te anima.

ELENA Mamá no ha dicho nada del primer matrimonio.

CRIS. Hoy hemos hablado algo del asunto y, ella lo puede decir, no la privo de casarse: pero me da mucho miedo, y más por haber moros en la costa.

ELENA Mamá... (Algo sofocada.)

JAV. ¿Sí? (Con curiosidad. Es muy curioso, no se sabe por qué, pues no ha de recordar luego nada.)

CRIS. Sí, hombre, sí. Dos pretendientes, y no le conviene ninguno, me parece.

JAV. ¿Los conozco?

CRIS. ¡Ya lo creo! Uno es alemán.

JAV. La nacionalidad me agrada.

CRIS. ¡Qué nacionalidad, ni qué niño muerto! Es el apellido. Fernando Alemán.

JAV. ¡Ah, sí! El hijo de Alemán.

CRIS. Ahora estás en lo firme.

JAV. Mejor para Alemán padre.

CRIS. Cuidado, Javier, no te escurras. Tú, á pesar de la chifladura, sigues tan mordaz como siempre. El otro...

ELENA (A quien ha vuelto a subírsele el «pavo».) Pero, mamá, ¡qué empeño!

JAV. Contigo no va nada. (A Elena.)

ELENA ¡Apenas!

JAV. Ahora hablamos sólo de ellos. (A Cristina.) ¿Quién es el otro?

CRIST. Ricardo Mendoza. El hijo de Mendoza. Recuerdas á éste como al otro. Por eso me he adelantado para evitarte un nuevo é inútil alarde de memoria.

JAV. (A Elena.) ¡Chica, chica, dos nada menos!... Tienes que decidirte por alguno.

CRIST. Llega tarde tu recomendación.

ELENA Pero si...

CRIST. La que no se ha decidido soy yo.

JAV. ¿Ahora salimos con eso? ¿No decías antes?...

CRIST. No seas tonto, Javier.

JAV. Gracias.

CRIST. No hay por qué. Decidirme por cual es más digno de ella. Tengo mucho miedo. Aun no se ha decidido ninguno; porque también ellos me tienen miedo.

JAV. La suegra impone hasta en tiempo futuro. Yo nunca pude ver á la mía.

CRIST. Es verdad. Amparo era ya huérfana cuando la conociste.

JAV. Por eso no pude ver nunca á mi suegra. Pero tú no me has dejado terminar la frase. Ya pensabas que era otra chifladura de las mías.

CRIST. Como siempre estás en el Limbo, por eso. Aun recuerdo el rato que me hiciste pasar el día del aniversario de la pobre Enriqueta.

ELENA ¡Ay, sí! (Riendo al recordarlo.)

JAV. ¿Qué hice?

CRIST. Decir al viudo, cuando salíamos de las misas: memorias á su señora. Gracias á que él ya te conoce.

JAV. Verdad será, cuando tú lo dices, pero no recuerdo semejante cosa.

CRIST. Milagro sería. ¡Ah! Antes de que se me olvide. Te he reservado una butaca para la función á beneficio de los Asilos de Santa Genoveva.

JAV. Muchas gracias.

ELENA No es regalada, no.

JAV. Gracias de todos modos. Os habéis acordado de mí, y eso basta. ¿Cuándo es?

CRIST. No te lo digo ahora; sería perder el tiempo. El mismo día de la función, y no sé si bastará.

JAV. ¿Qué hacen?

ELENA *Locura de amor.*

JAV. Es muy bonita.

ELENA ¿La conoces?

JAV. ¡Mucho!

CRIST. Dinos algo de ella.

JAV. Lo que queráis; y hasta os canto aquello de:
«Suene, suene la trompa guerrera.»
(Se ríen las dos.)
¿No lo entono bien? ¿No es el coro de locos?

CRIST. Sí; de *Jugar con fuego.*

JAV. Tienes razón. ¿Ves? Esta la oí de chico y la recuerdo. De la otra ¡ni una nota!

ELENA Seguramente.

CRIST. Hoy vienes como nunca.

JAV. Siento debilidad, y será eso. Como es la hora de merendar...

CRIST. ¿Tienes costumbre de hacerlo?

JAV. ¡En la vida!

ELENA Entonces...

JAV. Pero es la hora.

ELENA Ven al comedor. Tomarás unos emparedados y una copa de Jerez.

CRIST. Y de paso puedes ver los regalos que han hecho á esta muñeca. (Se levantan.)

JAV. Vamos adonde queráis. A ver si el Jerez se me sube á la cabeza y principio á decir desatinos, como no tengo costumbre...

ELENA De decir desatinos sí.

JAV. De beber entre hora. (Dicen estas últimas frases camino de la puerta lateral izquierda, por la que se van.)

ESCENA III

FERNANDO y FELICIANA; en seguida RAMIREZ. Todos por lo puerta del chaflán.

FEL. (La doncella de la casa. Se detiene en la puerta y deja pasar á Fernando.) Pase el señorito... Pensé que estaban aquí las señoras... Voy á avisar.

FER. (Veinticinco años. Viste con lujo y elegancia.) Que no se molesten si están ocupadas...

FEL. (Deteniéndose.) Pase usted, señor Ramírez. (Vase. Sale el señor Ramírez, hombre de sesenta años. Muy modesto en su indumentaria, pero muy limpio. Es ceremonioso y posee toda la memoria de que carece Javier. Ostenta una berruga en la nariz.)

RAM. Señor Alemán, beso su mano.

FER. Y yo la suya, señor Ramírez. Venimos á lo mismo ¿eh?

RAM. En parte sí y en parte no. Usted viene sólo por devoción, y yo por devoción y por obligación.

FER. Es usted un administrador modelo. Cuando se muera el nuestro le nombraremos á usted para reemplazarlo.

RAM. Alto honor será para mí.

FER. ¿Cuánto tiempo hace que lo es usted de esta familia?

RAM. Treinta y dos años. Entré en la casa el veintinueve de Febrero de mil ochocientos setenta y seis. Aquel año fué bisiesto.

FER. ¿Está seguro?

RAM. Segurísimo. Doña Cristina tenía entonces catorce años. Se casó muy joven: á los diez y ocho. Si viven los señores no se casa; no, señor. ¡Y más le hubiera valido!

FER. ¿Sí?

RAM. Sí. El señor Arizcun lo único bueno que hizo en esta vida... fué pasar á la otra. Acabó con todo, señor, acabó con todo. (Rabia y sentimiento por el comportamiento de Arizcun.)

FER. Pues no me explico entonces...

RAM. Porque el hermano de doña Cristina murió soltero, y todo se lo dejó á ella.

FER. ¡Ya!

RAM. Y aun podrían vivir mejor—y viven muy bien—; pero doña Cristina siempre está acometiendo nuevas empresas. Pretende—y me parece acertadísimo—tener un fondo de reserva por si vienen mal dadas. Su pensamiento es dejar á Elena, y lo mismo al futuro general, una renta como la recibida de su hermano.

FER. ¿Cuánto fué? (Con interés.)

RAM. ¿Lo que dejó el hermano?

FER. No. (Ocultando su verdadero deseo.) Lo que derrochó el bueno de Arizcun.

RAM. Más. El también llevó bastante al matrimonio. (Comprende el deseo.)

FER. (Aparte.) Este no suelta prenda.

ESCENA IV

DICHOS y ELENA, que viene por la puerta lateral izquierda

ELENA Perdonen ustedes. El tío Javier está hoy imposible. (Da la mano á Ramírez.)

RAM. (Asombrado.) ¿Se acordó del día?

ELENA ¡Quiá! (Riendo.) Vino casualmente... Mamá saldrá en seguida.

FER. Tengo sumo gusto en saludarla siempre, pero hoy más á usted, porque para usted es la visita. Mil felicidades. (Se dan la mano Fernando y Elena)

ELENA Muchas gracias, Fernando. No tenía necesidad de haberse molestado, ni de haberme mandado nada. ¡Es una preciosidad!

RAM. ¿El qué?

FER. Nada. Un pequeño recuerdo.

RAM. Aquí tienes otro. (Un paquetito.)

ELENA ¿También usted?... ¡Vaya, esto no me agrada!

RAM. Desenvuélvelo, verás como te gusta. Son bombones ..

FER. ¿Es usted golosa?

RAM. Un poquito, ¿verdad? (A Elena.)

ELENA Soy golosa, sí.

RAM. El que lo hereda no lo hurta. Tu abuelo materno era muy goloso: tomaba con azúcar hasta los huevos hilados.

ELENA (Ha desenvuelto el paquete.) ¡Qué capricho tan lindo! Mire, Fernando.

FER. Muy elegante.

ELENA (Abre la cajita.) Tome usted uno, Ramírez.

RAM. Te lo agradezco, pero soy todo lo contrario de tu abuelo. En dulce, ¡ni el jamón!

ELENA (A Fernando.) Usted.

FER. Con mil amores. (Toma uno.)

RAM. Necesito ver á tu mamá para que me firme ahora unos documentos. Voy para no molestarla luego... Hasta después. (Se va por la lateral izquierda.)

ESCENA V

ELENA y FERNANDO

ELENA (Deja la cajita de bombones sobre la chimenea, ó donde mejor quiera, y se sienta.) ¿No está usted satisfecho de su estatura? (Al ver que Fernando permanece de pie.)

FER. ¿Por qué?

ELENA Como no se sienta...

FER. Muchas gracias. (Se sienta no muy lejos de ella, pero tampoco al lado.)

ELENA Este tiempo me tiene disgustadísima. Con un día tan malo no ha venido nadie.

FER. Muchísimas gracias.

ELENA A usted no le cuento. Usted está aquí y no me parece correcto recordárselo. Es decir, puede ser necesario, porque su pensamiento quizás vuele muy lejos.

FER. ¡Qué dice usted!

ELENA ¿No lo dije? Ni en la conversación está. (Toda la escena en tono burlón.)

FER. No fué pregunta la mía, fué extrañeza. Mi pensamiento va donde usted vaya.

ELENA Ya no tiene arreglo.

FER. Hay buen humor, aunque me diga lo contrario.

ELENA No lo crea. Pero, ¿qué culpa tiene nadie de mi mal humor? La tiene únicamente el tiempo; y á mal tiempo buena cara. (Ligera pausa.) ¿Vendrá usted á la noche?

FER. ¿Desea usted que venga?

ELENA He preguntado para que se me conteste, no para ser interrogada.

FER. Me interesaba saber...

ELENA A mí también.

FER. Sí, vendré á la noche.

ELENA Perfectamente.

FER. Ahora ya podré preguntar, ¿verdad?

ELENA Sí, señor.

FER. ¿Desea usted que yo venga?

ELENA (Un poco sofocada, aunque aguardaba la pregunta, se detiene un momento y sale por la tangente.) Cuantos más amigos asistan más animación.

FER. No he preguntado por los demás. Sólo por mí.

ELENA La contestación es bastante difícil...

FER. Sumamente sencilla si pensara usted como yo.

ELENA ¡Facilito es el encontrar dos personas de la misma opinión!

FER. Estoy conforme. Por eso sería mayor mi alegría coincidiendo con usted.

ELENA Eso indica que de no coincidir se disgustaría.

FER. ¡Muchísimo!

ELENA ¿En tanto estima mi criterio?

FER. En tanto como la estimo á usted.

ELENA Y me estima usted en tanto como estima mi criterio. ¿No es eso? ¡Ingeniosa manera de no decir nada aparentando decir mucho!

FER. Paia ingenio el de usted eludiendo la contestación á mi pregunta.

ELENA ¿Y qué voy á responder?

FER. No seré yo quien dicte la respuesta, pues en tal caso carecería de su principal mérito: la espontaneidad. Me declaro vencido.

ELENA ¡Vaya por Dios!

FER. Una sola cosa podrá indemnizarme... en parte. Una flor.

ELENA Iré por ella.

FER. No es preciso. Una de esas. (Levantándose.)

ELENA La que usted prefiera. (Mirándose las que lleva en el pecho.)

FER. Un heliotropo.

ELENA ¿Este? (Se levanta.)

FER. Sí.

ELENA Tómelo. (Lo arranca y se lo entrega.)

FER. (Cogiéndolo.) No hallo palabras para demostrar mi agradecimiento. ¡Me ha hecho usted el más feliz de los mortales!

ELENA ¿Por esa florecilla?

FER. Esta florecilla significa...

ELENA (Terminó la broma y se pone seria, pero no fosca.) ¡Cuidadito!... Yo la dí sin conocer su significado. Sé que existe el lenguaje de las flores, pero no lo hablo.

FER. Yo sí.

ELENA Yo no.

FER. No importa. Ya me haré entender.

ELENA (Algo contrariada por haber sorprendido Fernando su buena fe.) Difícil me parece que puedan entenderse dos personas hablando idiomas diferentes.

FER. ¿Se arrepiente de haberme dado la flor? (Con pena.)

ELENA ¿Arrepentirme?... Se arrepiente quien ha delinquido, y la conciencia no me acusa. He

dado la flor por mi voluntad; pero nada más una flor, no un signo. ¿Lo entiende bien?

FER. Demasiado bien, por mi desgracia.

ELENA Más desgracia sería no entenderlo. Indicaría sordera ó torpeza. Y torpe no es, no: se pasa de listo... Ahora exijo de usted una cosa, Fernando.

FER. Cuanto me pida.

ELENA ¿Cuál es el significado de esa flor?

FER. (Con intención.) ¿De ésta?

ELENA (Lo ha comprendido.) De esa precisamente no. Del heliotropo.

FER. (Algo desconcertado.) Eso quería decir.

ELENA No; no quería usted decir eso.

FER. ¡Qué desconfiada!

ELENA Usted tiene la culpa, Fernando.

ESCENA VI

DICHOS y JAVIER por la izquierda

JAV. Me pone nervioso vuestro administrador.

ELENA ¿Por qué, tío?

JAV. Por su buena memoria. ¡Ah! Usted perdone, amigo Enrique. (Saludando á Fernando.)

ELENA Fernando, tío Javier.

FER. Es lo mismo, señor de Campuzano.

JAV. (Muy contento.) Choque usted, hombre, choque usted. Así me gusta la gente. ¿Qué más dará un nombre que otro? Todos están en el almanaque. Si por algo me gusta la festividad de Todos los Santos, es por eso. Llega el primero de Enero y, ya se sabe, tarjeta á todos mis conocimientos. (Fernando se ríe y lo mismo Elena.)

FER. ¿No se olvida usted de ninguno?

JAV. De ninguno.

ELENA Lo dudo.

JAV. Haces mal. Cojo el libro de señas, que mi hija cuida de tener al corriente, y me acuerdo de todos.

ELENA ¿Cómo no saldrá mamá?

JAV. Por ese posma de administrador. Se ha em-

peñado en rendir la cuenta de la casa, y rendirá la cuenta ¡y rendirá á tu madre! Que se fije usted en esto, que se fije usted en lo otro; que si esta partida, que si la otra; que si el inquilino del bajo quiere ascensor, que si el del tercero se queja de la humedad... Digo, al revés: que si el del tercero se queja de la humedad...

ELENA Sí, ya estamos.

JAV. Me vuelve loco ese hombre.

FER. Es una persona bellísima.

JAV. Usted no se ha fijado en la berruga de su nariz. De la nariz de él, ¿eh?

FER. No, señor.

JAV. Ni se fije usted. Le cuenta en seguida la historia de la berruga, ¡y ya tiene historia para rato!

ELENA Oye, tío Javier.

JAV. ¿Qué?

ELENA Nada. No me podrás sacar de dudas.

JAV. Habla y veremos...

ELENA ¿Recuerdas el lenguaje de las flores?

JAV. Algo.

ELENA ¿Sí?... (Muy contenta.) ¿De veras?

JAV. Cuando yo lo digo. (Muy seguro.)

FER. Pero si yo se lo diré, Elena.

ELENA No me fío de usted.

JAV. ¿También Alfonso tiene mala memoria?

ELENA Demasiado buena; pero no me fío, y yo me entiendo.

JAV. Bueno. A ver si te entiendo yo. Explícate.

ELENA Dime el significado del heliotropo.

JAV. (Hace un esfuerzo para recordar.) Ese no lo sé; pero la albahaca sí: Odio.

ELENA Será cariño, de fijo.

FER. No lo crea usted. Odio.

ELENA Perdona mi desconfianza, tío.

JAV. No, si eso no podía olvidárseme. El padre de una novia qne tuve me tiró un tiesto de albahaca á la cabeza. Aquí tengo la señal. Mira. (Señala y enseña la cicatriz.)

ELENA Espantada. ¡Jesús! No sé como no te quedaste en el sitio.

JAV. ¿Para que me tirara otro? ¡Un demonio!

ESCENA VII

DICHOS; CRISTINA y RAMIREZ Vienen estos dos por donde se fueron

CRIS. Fernando, dispénseme. (Saludándole.)
FER. Señora, por Dios...
JAV. Ya viene este. (Por Ramirez.) Me voy.
RAM. Yo también. Con permiso de ustedes...
JAV. Ya no me voy.
RAM. No decía usted..
JAV. Sí; pero he cambiado de opinión.
ELENA No se vayan ustedes. ¿A dónde van? Está la tarde muy mala.
CRIS. (A Javier.) Quédate á comer, hombre.
ELENA Sí, tío.
JAV. Está bien. Si os empeñáis volveré.
CRIS. ¡Quiá! Eso no. Te quedas desde ahora y así no te olvidas de volver.
FER. Procedimiento infalible.
ELENA El único seguro con él.
JAV. Tengo necesidad de escribir unas cartas... (se resiste á quedarse)
CRIS. Las escribes en el despacho.
RAM. Nada, don Javier. No le dejan escapar.
CRIS. Figúrese usted, Fernando, ahora que nadie le espera...
FER. Es verdad.
JAV. Bueno. Me quedo.
CRIS. Pero sentémonos. (Lo hacen todos menos Ramírez. Fernando junto á Elena y Javier próximo á Cristina.)
ELENA Esta noche nos vamos á divertir mucho. Verás, tío: te haré bailar.
CRIS. ¿Usted no se sienta, Ramírez?...
RAM. Yo, con permiso de ustedes, me retiro.
ELENA Esta noche le esperamos, y á Enriqueta también. (A Fernando.) ¿Usted no ha visto á Ramírez hacer juegos de manos?
FER. No.
CRIS. Le gustará.
JAV. Los hace bien. Yo la justicia ante todo.

RAM. (Con fingida modestia.) Es mucho favor. Soy un mal aficionado.

JAV. ¡Que no, ea! Los hace bien. Me acuerdo del año pasado. ¡Aquel juego me gustó mucho! Resultó precioso.

RAM. ¿A cuál se refiere?

JAV. Aquél, hombre, aquél... aquel en que cogió usted... ¿Qué cogió usted?

RAM. Un pañuelo.

JAV. Justo. Un pañuelo. Y después pidió... ¿Qué pidió después?

FER. Lo explica que lo está uno viendo. (Se rien todos. Javier no se da por entendido.)

JAV. No se me ha olvidado, no. Le salió muy limpio.

RAM. Lo repetiré esta noche.

JAV. Ya no me hará efecto.

ELENA Podía usted escamotear la lluvia. Ese juego sería el mejor.

CRIS. A esta chica le trae la lluvia preocupada.

RAM. También llovia el día de tu nacimiento. ¿Se acuerda usted, doña Cristina?

CRIS. No estaba yo para ocuparme del tiempo.

RAM. En fin, hasta luego, señores, puesto que todos nos veremos á la noche.

CRIS. No se olvide de mi encargo.

JAV. ¡Olvidarse éste!

CRIS. Quise decir que no lo descuide.

RAM. Esté usted tranquila. Servidor de ustedes.

FER. (Levantándose.) Hasta después.

CRIS. }
JAV. } Adiós.

ELENA Adiós, querido Ramírez. (Este se va.)

JAV. Esta noche haré que se ponga de acuerdo conmigo para un juego.

CRIS. Javier... (Siguen hablando ésta y Javier, en voz baja, sobre el juego proyectado.)

FER. (Sentándose.) Estoy al lado de usted más contento cada día, pero me marchaba ahora mismo si me prometiese despedirme como á Ramírez.

ELEEA No comprendo...

FER. ¿No?

ELENA (Riendo al caer en la cuenta.) ¡Ah! Vamos, ya

caigo. Por lo de querido Ramírez, ¿no es así?

FER. Justo.

ELENA Pero, hijo, si usted no se llama Ramírez.

FER. ¡No se burle, Elena!

ELENA Si no es más que por eso... pruebe á marcharse.

FER Ahora mismo. (Se levanta.)

CRIS. ¿Qué? ¿Se va usted también?

FER. Elena me echa. (Se levanta Javier.)

CRIS. Dispénseme que lo dude.

ELENA Haces bien en dudarlo, mamá. Es una broma de Fernando.

FER (A Elena.) ¿Todavía más?

CRIS. Hoy está de broma.

FER. Me consta. Pero realmente me marcho. Tengo precisión de ir á casa de la tía Casilda.

CRIS. Es verdad, que hoy es lunes y recibe la marquesa, y usted...

FER. Como está sola, y tiene ya muchos años, la ayudo á hacer los honores de la casa.

JAV. ¿Y á este joven no le has reservado ninguna butaca?

CRIS. ¿Quién te mete ahora?..

FER. ¿Qué es ello?

CRIS. No le haga usted caso.

FER. Si se trata de alguna función benéfica, y más siendo cosa de ustedes...

ELENA Nada, Fernando; no es nada.

JAV. Diga usted que sí. Y la función vale la pena.

FER. La función es lo de menos.

JAV. Dale una butaca, mujer.

CRIS. No seas así, hombre.

JAV. Señor, para las ocasiones son los amigos y el bolsillo de los amigos. Y mal de muchos consuelo de...

ELENA Tacaños. En tocándote al bolsillo recobras la memoria al instante.

FER. Bueno. Ya sé lo suficiente. Deme usted cuantas localidades quiera. Pronto las coloco.

CRIS. Eso no. Cuando sepa las que necesita me las pide, y las tendrá.

FER. Señora, á los pies de usted. (Despidiéndose.)

CRIS. Adiós, Fernando, hasta la noche.

FER. Elena encantadora... (Dando la mano á Elena.)

ELENA (Riendo.) Adios, querido Ramírez.

FER. Es usted cruel.

ELENA Usted lo quiso. Mil gracias por todo. (Fernando se despide de Javier y sale hacia la calle.)

JAV. ¿Has oído, Cristina?

CRIS. El qué.

JAV. ¿Cómo ha despedido ésta, (Por Elena.) á... á... ese...? (Según costumbre no da con el nombre.)

CRIS. No me he fijado.

JAV. Dándole gracias por todo. Eso es muy significativo.

ELENA ¿También tú?... Le he dado gracias por la visita y por las flores. ¿Tiene algo de particular?

CRIS. Nada. Estás chiflado, Javier, pero conservas tu malicia característica.

JAV. Como si nada hubiera dicho. Vamos á ver, ¿en qué pasamos la tarde? Yo no puedo estar ocioso.

CRIS. Tú en escribir esas cartas, ¿no decías?...

JAV. ¡Ah! Es verdad. Vamos.

CRIS. Vé tú sólo.

JAV. Eso es. Yo que sé dónde tienes el papel, ni los sobres, ni la tinta...

ELENA La tinta acostumbramos á tenerla en el tintero. (Burlándose cariñosamente de su tío.)

CRIS. Ven, hombre, ven. (Se levanta y vase con Javier por la puerta lateral derecha.)

ESCENA VIII

ELENA y RICARDO. Este sale por la puerta del chaflán acompañado por FELICIANA, quien se retira en seguida

ELENA (Va hacia el balcón.) Nada. No abre el día. ¡Qué fastidio! (Con verdadero sentimiento.)

RIC. (A Feliciana.) Sentiría molestar. (Tiene poco más ó menos la misma edad que Fernando, pero es menos presuntuoso y más modesto en su indumentaria.)

ELENA (Volviéndose al oir á Ricardo.) ¿Eh?... Usted no molesta nunca en esta casa. (Apartándose del balcón) Y sin embargo, yo estoy algo molestada con usted, Ricardo.

RIC. Ni tiempo me ha dado para saludarla cuando ya me riñe. ¿He faltado en algo?

ELENA Faltar no, ¡qué disparate! Todo lo contrario.

RIC. Entonces, sobro.

ELENA No por cierto.

RIC. Lo contrario de faltar es sobrar, ó yo no entiendo el castellano.

ELENA Demasiado comprende por el tono, si no por la frase, el significado de mis palabras. Y ahora que hablo de significados me acuerdo de una cosa. ¿Conoce usted el lenguaje de las flores?

RIC. Algo.

ELENA Como el tío Javier. ¿Le han tirado también á usted un tiesto de albahaca?

RIC. Afortunadamente no. ¿A él sí?

ELENA Sí, señor. El padre de una novia.

RIC. ¡Pobre señor! También podían respetar sus canas.

ELENA No ha sido ahora. Hace muchos años.

RIC. Ya.

ELENA ¿Qué significa el heliotropo?

RIC. Os amo.

ELENA (Con asombro y sentimiento.) ¡Jesús, María y José! No me podía imaginar tanto.

RIC. ¿Ha dado usted alguno? (Con ansiedad.)

ELENA Sí.

RIC. ¡Feliz mortal! (Con mucha pena y mayor envidia.)

ELENA Ni feliz ni desgraciado. Inmediatamente de dárselo le advertí que desconocía el significado, porque sospeché algo y no quise...

RIC. ¿A quién fué?

ELENA Mucha curiosidad es.

RIC. Perdóneme. No tengo derecho, es verdad, para interrogarla sobre ello. Pero sí creo tener el derecho de solicitar una flor idéntica.

ELENA ¡Apenas pide el niño!

RIC. (Con mucha naturalidad.) Como el otro; lo mismo que el otro.

ELENA ¡Cuánta inocencia! ¿Lo mismo que el otro? No, señor. A él le dije, y era cierto, que ignoraba el significado de la flor; pero ahora ya no cabría semejante aclaración.

RIC. Hace usted constar que me entrega la flor y no el significado, y ya estoy, por lo menos, como el otro.

ELENA Siendo así, bueno. (La arranca del pecho.) Tómela usted.

RIC. Mil gracias, Elena; mil gracias. ¡No sabe usted cuán feliz me hace esa flor! (Colocándola en el ojal de la solapa, que no sirve sino para estas tonterías.)

ESCENA IX

DICHOS y CRISTINA; poco después JAVIER, que está de entra y sal. Más tarde, FELICIANA

CRIS. (Por la derecha.) ¡Hola, Ricardo!

RIC. A los pies de usted, señora. (Se saludan dándose las manos.)

CRIS. ¿Y sus padres?

RIC. Bien gracias. Luego vendrán.

CRIS. Que no se molesten.

ELENA Sí, que no se molesten... pero que vengan. Yo deseo que venga mucha gente esta noche.

CRIS. Tome asiento. (Se sientan los tres.) Ya Elena habrá reñido á usted.

RIC. Sí, señora. Casi—ó sin casi—no me dió tiempo á saludarla.

CRIS. Hizo bien. Después de todo si alguien llega á saberlo puede tener un disgusto.

RIC. No comprendo...

CRIS. ¿Quiere usted que le regalemos el oído?

ELENA Ricardo es muy reservado.

RIC. Aseguro á ustedes que no entiendo...

CRIS. Nos han dicho que se casa usted.

RIC. Saben ustedes, y quien lo haya dicho, más que yo.

ELENA ¿Ves, mamá? No nos lo dirá, no.

RIC. Para casarse es preciso tener novia, según dicen. Yo no me he casado nunca y no puedo afirmar si tal requisito es previo, pero entiendo que sí.

CRIS. Desde luego.

RIC. Y yo no tengo novia. (Se sofoca un poco.)

CRIS. Y se sofoca usted para decirnos la verdad. ¡Cosa más extraña!

ELENA Sí que lo es.

RIC. He dicho que no tengo novia—fíjense ustedes bien—, que no tengo novia; pero no he dicho que no pretenda tenerla. Son cosas muy distintas.

CRIS. Es verdad. Ya vamos averiguando algo. Principio quieren las cosas. ¡Gran ventaja llevan los hombres en esta clase de asuntos: el derecho de elección!

RIC. ¡Valiente derecho! (Irónicamente.)

ELENA Aun le parece poco.

RIC. No me parece poco, no. Me parece nada. Ese derecho lo comparo al de elección de una alhaja entre las varias expuestas en el escaparate de una joyería. Qué duda cabe de que un transeunte tiene el derecho de elegir. Pero si sus medios de fortuna no le permiten adquirir aquella que codicia, y él, atropellándolo todo, intenta poseerla, se quedará sin ella y expiará su delito en el presidio. ¿No es cierto?

CRIS. (En tono de broma.) Si llega oportunamente la policía...

RIC. Es una hipótesis. Y en este terreno cabe todo: ¡hasta la oportunidad policiaca! (También jocoso.)

CRIS Conforme.

ELENA Déjale terminar el símil, mamá.

RIC. Del mismo modo, el hombre que se declare á la mujer elegida por él entre todas, si carece de los atractivos necesarios para ser correspondido, sin ella se quedará—como el otro sin la alhaja—y su corazón preso para siempre. ¡Díganme ahora si le ha servido para algo el derecho de elección!

CRIS. Y si no llega á declararse y la quiere de veras, ¿no tendrá el corazón igualmente preso?

RIC. Igualmente.

CRIS. Entonces...

RIC. Pero existe una diferencia notable. El sufrirá mucho ¡mucho! pero no el desengaño, no el desprecio. Como el presidiario que sufriera la condena impuesta sólo por su conciencia sin haber pasado por la vergüenza de la causa.

CRIS. Con semejante teoría se morirá usted soltero, y más le valdrá, porque si aguarda á escuchar la declaración de una señorita...

JAV. (Por la derecha.) Cristina... (Viendo á Ricardo y saludándolo.) ¡Ah! Usted perdone. ¿Cómo va, pollo?

RIC. (Se habrá levantado al entrar Javier.) Bien. ¿Y usted?

JAV. Perfectamente.

ELENA ¿No te sientas, tío?

JAV. No. Venía á preguntaros las señas de Aurora. (A Ricardo.) Estoy escribiendo unas cartas y con su permiso...

RIC. No faltaba más.

CRIS. ¿Qué Aurora? ¿Tu hermana ó tu cuñada?

JAV. Mi cuñada, mujer, mi cuñada. Mi hermana ya lo sé: calle de las Sierpes, ciento seis, Málaga.

RIC. ¿Existe esa calle en Málaga?

ELENA Para el tío Javier sí.

CRIS. Tu cuñada vive en Juan Bravo, setenta y seis, Segovia.

JAV. Es verdad.

CRIS. Acuérdate de los comuneros.

JAV. Sí, sí. Bravo, Padilla y Maldonado.

ELENA (En broma.) Tío, ¿oyes las campanas?

JAV. No.

ELENA Yo sí. Están repicando en honor de tu memoria prodigiosa.

CRIS. Los hechos antiguos los recuerda perfectamente, Ya nos lo dijo antes.

JAV. A las pruebas me remito. Conque, calle de Juan Padilla, ¿eh?

CRIS. (Riendo.) ¡Bravo, Javier, Bravo!

JAV. ¡Gracias á Dios que me hacéis justicia!

ELENA No, tío. Es Juan Bravo, setenta y seis.

JAV. Tienes razón. Hasta ahora. (Se va á escribir. ¡Buenas irán las cartas!)

RIC. Este buen señor está muy mal de la cabeza.

CRIS. Rematado.

RIC. Debía ponerse en cura.

ELENA A los médicos culpa de su estado.

RIC. ¿Sí?

CRIS. Sí, señor. Dice que como en el principio de la enfermedad le recomendaron el descanso y mucha distracción, siguió el consejo tan al pie de la letra, que acabó por estar siempre distraído.

ELENA Es una lástima, porque es muy bueno.

RIC. Sí que es muy buena persona.

JAV. (Vuelve por la misma puerta de antes.) ¿Quién es buena persona? Si se puede saber...

RIC. Usted.

JAV. ¿Hablaban de mí? (Asombrado.) El primer caso en que al ausentarse un individuo quedan hablando bien de él.

CRIS. ¿Querrás otras señas?

JAV. No. Ya terminé. Aquí tienes las tres cartas. (Entrega las cartas á Cristina.) A ver qué dices de los sobres.

CRIS. (Mirándolas.) De los sobres nada. Pero ésta pesa muy poco. Aquí no hay nada dentro.

JAV. Ya lo sé. Es para mi cuñada, ¿no?

CRIS. Sí.

JAV. Como no tenía nada que decirle... Pero así verá que me acuerdo de ella. (Elena se levanta y llama en un timbre.) No llames, Elena. Yo las bajaré.

CRIS. Tú no sales.

JAV. (A Ricardo.) Me tienen preso.

RIC. Con esta prisión y estas carceleras entra uno en deseo de ser criminal.

FEL. (Por la puerta del chafián.) ¿Llaman los señores?

CRIS. Que Juana baje estas cartas. (Dándoselas.)

JAV. Tome, Juana, para los sellos. (A Feliciana, dándole dinero.)

ELENA Es Feliciana.

JAV. Ya lo sé. Pero como tu madre ha dicho que Juana lleve las cartas... (Se va Feliciana.) Bue-

no, pollo, bueno. ¿Cuántas butacas toma usted para el beneficio?

CRIS. Ninguna.

JAV. No puede ser. Una por lo menos.

ELENA Ni por lo más. (Sentándose de nuevo.) Ricardo tiene un palco.

JAV. Me callo. No diréis que no hago propaganda. Os he colocado un palco y... lo que tome el otro.

CRIS. ¿A qué palco y á qué otro te refieres?

JAV. Un palco del señor.

ELENA Ya lo tenía.

JAV. Bueno. Pero supongamos que no lo hubiera tenido.

RIC. Justo, y que lo hubiera tomado ahora.

JAV. Ni más ni menos. ¿Y á ver por quién lo hubiera tomado? Si me habláis de la función hace ocho días os coloco todo el billetaje.

CRIS. Dios sabe dónde.

JAV. ¡Qué fama! ¿Usted ve?

CRIS. Dejemos eso ahora. Interrumpiste una conversación muy interesante que sosteníamos con Ricardo.

JAV. A continuarla, y si estorbo...

RIC. Nada de eso.

CRIS. ¿Dónde quedamos?

ELENA En que Ricardo aguarda que se le declaren.

RIC. Tanto no había dicho.

JAV. Me parece muy acertado, joven. Aguarde usted todo cuanto pueda. Es consejo de uno que no se ha casado...

CRIS. (Atajándole.) ¡Javier!

JAV. Sino una sola vez. (A Cristina.) Nunca me dejas terminar las frases... Pero que ha observado mucho la vida. A mí me salió todo bien. Hasta enviudé, gracias á Dios.

CRIS. ¡Pero, hombre!

JAV. Has interpretado mal las gracias. Las doy por encontrarme en el mundo; porque, de lo contrario, hubiera enviudado mi mujer, y la pobre estaría ahora como yo: muy desconsolada.

ELENA Pero dando gracias también por hallarse aquí.

JAV. Naturalmente.

RIC. No me asusta el matrimonio; no, señor.

ELENA Vuelve por otra, tío.

JAV. No me extraña el valor de este joven. El matrimonio es como un viaje en automóvil: cuando se advierte el peligro está uno estrellado.

ELENA ¿Por qué has dejado entonces casar á María?

CRIS. Tiene razón Elena.

JAV. Por lo mismo que tú dejarás casar á ésta. Por no morirme dejándola sola; no fuera á estrellarse antes de subir en el automóvil.

CRIS. O estás hablando en broma, Javier, ó nadie es capaz de entenderte. Figúrese usted, Ricardo, que hoy mismo nos ha dicho, hablando de contraer segundas nupcias: alguna vez lo he pensado.

JAV. ¿Cuándo me habéis oído semejante cosa? ¡Ay, ay, ay!... Con vosotras es imposible. (Levantándose.)

CRIS. No, yo no estoy chiflada. Lo recuerdo perfectamente.

ELENA Y yo.

JAV. Para no disgustaros más, me marcho. Adiós, pollo. (Despidiéndose.)

RIC. (Se habrá levantado.) Servidor de usted.

CRIS. ¿A dónde vas?

JAV. Vuelvo en seguida.

ELENA Hasta el mes que viene, tío.

JAV. No, mujer, no. Voy un momento arriba á saludar á los vecinos de abajo.

ELENA ¿Eh?...

JAV. No tengais miedo. Vuelvo. Voy sin sombrero.

CRIS. Y volverás con alguno.

JAV. No diré que no. (Al salir se cruza en la puerta con Fernando, quien se detiene para dejar paso á aquél.) ¡Hola, amigo! Pase usted.

FER. De ninguna manera. Usted.

JAV. Gracias.

ESCENA X

CRISTINA, ELENA, RICARDO y FERNANDO. Al final FELICIANA

CRIS. ¿Cómo otra vez por aquí? (A Fernando.)

RIC. (Aparte.) ¡Otra vez!

FER. Hoy tiene la tía quien me sustituya. Han llegado los primos en el rápido.

ELENA ¿Sin avisar?

FER Siempre lo hacen así para que su madre no esté impaciente. (A Ricardo.) ¿Cómo te va?... (Se saludan fríamente.) Yo aproveché mi licenciamiento para correr á «La Peña» y hablar del beneficio.

CRIS. ¡Cuánta actividad!

FER. Puede darme tres palcos y doce butacas. ¡Ah! La tía Casilda también desea un palco platea, si puede ser.

CRIS. Ya no me quedan tantas localidades.

FER Es un contratiempo.

ELENA La presidenta puede que aun no haya colocado todas las suyas...

CRIS. ¿Y sólo por los billetes ha vuelto?

FER Por eso, y además por el placer de ver á ustedes otra vez.

FEL (Por la derecha.) Señora...

CRIS. ¿Qué ocurre?

FEL El señor Ramírez aguarda á la señora en el despacho.

CRIS. Ahora no puedo ir. (Contrariada por la impertinencia de Ramírez.)

ELENA Tenemos visita. (Contrariada por el mismo motivo.)

RIC. Por mí...

FER. Por nosotros...

ELENA Será para cualquiera bobada.

FEL. Perdone la señorita. Ya le dije que las señoras tenían visita, pero dice que es un asunto muy urgente.

CRIS. Dile que voy. Ustedes me dispensarán... Es un administrador muy celoso y será para alguna bobada, como dijo Elena, pero á él

le parecerá asunto delicadísimo. Volvemos en seguida. (Se van madre é hija por la derecha. Antes lo habrá hecho Feliciana.)

ESCENA XI

FERNANDO y RICARDO

FER. Ricardo...

RIC. ¿Qué? (Desabrido.)

FER. Ganas tenía de un momento como este y mucho más aquí. Cuánto más amigos más claros.

RIC. Explícate, porque no entiendo eso. Yo no te estimo como amigo y dudo mucho que tú me tengas por tal.

FER. Bueno. Amigos ó enemigos, vamos á hablar claramente. ¿Tú por qué vienes tanto por esta casa?

RIC. No tienes por qué pedirme explicaciones, ni yo obligación de dártelas, pero te las voy á dar. Estoy enamorado de Elena, tú también; no tengo posición para aspirar á su mano, tú tampoco.

FER. (Admirado, aunque bien sabe que es cierto.) ¿Yo no?

RIC. Si la osadía se cotiza en Bolsa, sí.

FER. Eso es una ofensa.

RIC. ¿No pedías claridad? Con claridad hablo. Y no me interrumpas. Tú tampoco tienes posición, la aparentas; pretendes deslumbrarlas, y luego pagar tus trampas con el capital de Elena.

FER. ¿De dónde sacas eso?

RIC. De tus conversaciones. No te recatas, y hablas lo que no debías y donde no debías. Medio Madrid conoce tus planes, y yo procuro estorbártelos cuanto puedo.

FER. De suerte que tú das crédito á infames calumnias.

RIC. ¡Nos conocemos hace mucho tiempo!... ¿Por qué dejaste tus relaciones con Fanny?

FER. No congeniábamos.

RIC. Eso dices; pero no fué por ese motivo.

FER. ¿No me crees?

RIC. No. Me consta que la dejaste al saber que sus padres carecían del capital que suponías y no podrían entregarla el dote soñado. Y aquí vienes buscando lo que allí no pudiste lograr, porque aquí sabes que lo hay.

FER. ¡Hipócrita! ¿Y tú no vienes á caza de lo mismo?

RIC. ¡No, y mil veces no!

FER. Cualquiera al oirte negar con tanto brío te juzgaría sincero. Yo no; también te conozco.

RIC. No puedes conocerme. Tú no eres capaz de comprender la existencia de ningún sentimiento noble.

FER. ¡Ricardo!

ESCENA XII

DICHOS y RAMIREZ por la derecha.

RAM. Señores... (Su cara refleja un gran disgusto.)

RIC. (A Fernando.) ¡Calla!

RAM. Doña Cristina me encarga que ruegue á ustedes la dispensen... Está bajo la dolorosa impresión de una noticia terrible..

RIC. (Con ansiedad.) ¿Alguna desgracia de familia?... ¿Acaso su hijo?... (Ramírez hace signos negativos.)

FER (Con mucho interés, pero con muchísimo interés.) ¿Pérdida de intereses?

RAM. Justo,

RIC. Menos mal.

RAM. (Asombrado.) ¿Cómo menos mal? Usted no tiene idea, don Ricardo, de lo que representa para la pobre señora esa pérdida.

FER. ¿Tan grande es?

RAM. ¡Inmensa! Yo estoy abatidísimo; pero con la conciencia tranquila, eso sí. Cumplí fielmente sus órdenes, y la advertí, con lealtad, del riesgo que corría su fortuna. Nuestro agente, es decir, el de ella, se equivocó

también, y á estas horas quizás haya puesto fin á su vida... ¡Una tragedia, señores, una tragedia! (Al hombre se le ahoga con un cabello.)

FER. No diga usted más Una jugada de Bolsa.

RAM. ¡Maldita sea!

RIC. Sí, señor; ¡maldita!

FER. Pero las fincas...

RAM. Vendiéndolas todas—como es forzoso vender en seguida y de mala manera—no bastará, no, señor. ¡Es terrible! Ellas en la miseria y yo también. ¿Dónde van á dar trabajo á este pobre viejo? ¡No sé, no sé cómo afrontar esta situación!

FER. Si se hubiera muerto nuestro administrador... Pero no lo parte un rayo. En fin, señor Ramírez. Lo siento muy de veras. (Despidiéndose.) Transmita mi sentimiento á las señoras.

RAM. (Irónicamente.) Ya comprendo que lo sentirá usted muy de corazón.

FER. ¿Vienes, Ricardo, ó pretendes que te reciban?

RAM. No están para recibir á nadie. Ahora voy á dirigir unas tarjetas á las personas invitadas para esta noche, manifestando que una repentina indisposición... No conviene por el momento...

FER. Es claro. ¿Vienes ó no?

RIC. ¡No! ¿Lo quieres más claro? Me quedo. No pretendo verlas; pero, por si algo ocurre, prefiero estar cerca, donde pueda prestarles algún auxilio.

FER. Si fuera para prestar dinero comprendería tu insistencia en quedarte. (En tono zumbón.)

RIC. ¡Ojalá lo tuviera! Pero si eso es imposible, quiero demostrarles mi amistad en la desgracia con más empeño aún que antes.

FER. Bueno, hombre, bueno; no te alteres. A mí no me gusta estorbar en ninguna parte, y en donde nada se puede hacer está uno de más. Adiós, señor Ramírez. Repito que le acompaño en su disgusto.

RIC. ¿Marchándote? ¡Buena manera de acompañar!

FER. En los primeros momentos de una pena se prefiere la soledad. (Vase á la calle.)

RAM. Vaya con Dios.

RIC. Yo entiendo la amistad de otro modo.

RAM. Y está usted en lo cierto. En la desgracia se conocen los amigos... Perdone un momento. Voy por allá dentro por si ocurre algo.

RIC. Aquí aguardo. Si usted me necesita no tiene más que mandar...

RAM. Mil gracias. (Va hacia la derecha, pero se detiene al ver á Cristina.) ¡Calle! Doña Cristina viene hacia aquí.

ESCENA XIII

CRISTINA, RAMÍREZ y RICARDO

RIC. Señora... (Saludando á Cristina y reflejando un verdadero sentimiento.)

CRIS. (Abatidísima.) ¡Qué golpe, Ricardo!

RIC. (Emocionado.) ¿Y Elena?

CRIS. (Sentándose.) Usted suponga... Y eso que la pobre no puede comprender la magnitud de esta desgracia. No ha conocido nunca la pobreza—era ella muy niña cuando fuimos pobres—y no sabe lo que esto significa... ¿Fernando ya se fué?

RAM. Sí, señora. Me encargó hiciera á usted presente...

CRIS. Pero se ha marchado. ¿Ya nos abandona?... ¡Pronto nos abandonarán todos! (Con honda pena.)

RIC. (Protestando.) Todos, no. Uno, por lo menos, no. Yo seré siempre amigo de ustedes. Y ahora con más empeño he de conservar esta amistad, si ustedes continúan honrándome con ella.

CRIS. Deme usted la mano, Ricardo. Mano de amigo que no engaña, y á quien me duele mucho haber engañado. No me lo perdono.

RIC. No entiendo.

CRIS. No hay tal desgracia, Ricardo. Todo ha sido una ficción ideada por mí para... Esto no es

Precio: UNA peseta